

H. Graciela Uribe Ortega, *Geografía política. Verdades y falacias de fin de milenio*, México, Editorial Nuestro Tiempo, Colección Temas de Actualidad, 1996, 319 pp.

Por Omar Núñez Rodríguez

No cabe duda que los libros son el reflejo escrito del pensamiento y las vivencias de su autor. En este libro que lleva por título *Geografía política. Verdades y falacias de fin de milenio*, la autora señala que su interés por la geografía política nace de los acontecimientos políticos vividos por su país tras el golpe militar de 1973. A juicio de Uribe Ortega, el golpe militar puso de manifiesto la poca preocupación que esta disciplina en Chile (como en todo el subcontinente latinoamericano) tenía por los problemas contingentes. De ahí, surge la necesidad de escribir un libro que sirva de herramienta para la formación teórica y metodológica de los geógrafos políticos que estudian la problemática del poder en los espacios geográfico-sociales de nuestros países, para llenar de esta manera el vacío teórico que tiene en la actualidad la geografía continental.

El libro –dividido en cinco capítulos y un epílogo– se inicia con un estudio de la trayectoria de la geografía humana en el último siglo. En el mismo se plantea la necesidad de actualizar y revisar los conocimientos, teorías y métodos de trabajo en geografía humana, para que esta disciplina sea capaz de dar cuenta de las transformaciones significativas del capitalismo mundial que modifican su objeto de estudio.

En su libro, la autora señala que en este fin de milenio, la globalización de nuestro planeta alcanzada por el capitalismo transnacionalizado, ha modificado notablemente las percepciones y conceptualizaciones del Espacio y del Tiempo, como también, del Poder que ejercen los grupos dominantes; y que estas modificaciones han posibilitado que las actuales

diferenciaciones espaciales no se fundamentan ahora principalmente en la diversidad de paisajes físicos, sino básicamente en las acciones de las esferas económicas, culturales y políticas de conglomerados dominantes que operan a nivel planetario con la complicidad de sus ligas a niveles nacionales (p. 29).

Como plantea la autora, las sociedades se estructuran y se desarrollan en espacios-tiempos diferenciados que se modifican a medida que evolucionan y entran en conflicto las relaciones sociales que las configuran, relaciones que

formalizan espacios de poder que reflejan las asimetrías existentes en dichas sociedades. De esta formulación surge el interés por estudiar el espacio como manifestación de poderes contrapuestos "que constituyen a la vez consecuencia y condición de los procesos políticos" (p. 100), cuyo desplazamiento y mutaciones en la actualidad se realizan en el marco de la reestructuración del capitalismo a nivel planetario que crea nuevas y cada vez más complejas redes de poder, donde el paisaje físico es fácilmente superado por las transformaciones tecnológicas. De manera importante, Uribe Ortega concluye que los nuevos espacios de dominio creados por el capitalismo provoca una sobreposición de funciones entre las diversas regiones, no permitiendo la superación de las graves problemáticas que afectan a los países más pobres.

El hecho de que los estudios de geografía política en Latinoamérica han estado relativamente ajenos a los cambios teóricos y metodológicos que esta rama especializada de la geografía humana presenta en el contexto mundial, obedecería a la permanencia de posiciones pseudocientíficas: tal es el caso de la geopolítica —que esconde una ideología expansionista, con un fuerte contenido bélico, sustentada en posiciones deterministas como es el darwinismo social, reflejado en América Latina en la teoría del enemigo interno—, y de enfoques neopositivistas imperantes aún en la mayoría de las escuelas del continente. Además, la problemática del poder en geografía, se ha visto entorpecida —a juicio de la autora— por el rol meramente descriptivo que tiene de la política, pues, ha circunscrito sus estudios a la esfera del Estado y del dominio estratégico del territorio. En relación a esta situación, propone que la disciplina asuma un papel más activo, ampliando sus objetos de estudio para posibilitar un análisis que incluya los múltiples factores sociales, estructurales y económicos que dan origen a los espacios de poder donde se delinean los conflictos de nuestras sociedades. Tomar en cuenta el peso de las ideologías, de los cambios tecnológicos y lo cultural adquiere carácter estratégico en opinión de la autora.

De ahí la necesidad de fortalecer la formación teórica y metodológica de los geógrafos. Por ello sintetiza en el capítulo cuarto los diversos enfoques que el geógrafo político debe tomar en cuenta para dar una explicación correcta de las problemáticas de estudio; fundamentalmente, le interesa que el investigador sea capaz de trabajar en escalas diferenciadas de análisis que le permita "mantener simultáneamente la unidad y la diferencia entre lo global, lo nacional y lo local" (p. 197). Criticando los enfoques postmodernistas, afirma que no es posible una comprensión de los fenómenos locales sin considerar el marco global en que están insertos, pues el peso de la globalización influye en la formación de los espacios-tiempos locales, sus relaciones de poder y en las asimetrías que caracterizan el paisaje social y económico planetario.

Esta visión crítica de la geografía política, le permite plantear una serie de

problemáticas a trabajar, algunas ya tradicionales en geografía: el papel del Estado y sus manifestaciones temporales-espaciales de poder; las fuerzas armadas, particularmente el papel que juega su ideología (la geopolítica). Entre las temáticas no abordadas, se encontraría el estudio de los diversos sectores sociales y étnico-culturales que configuran la sociedad latinoamericana que –en sus marcos territoriales– crean espacios de poder que tienden a contraponerse a la corriente globalizadora y modernizadora del capitalismo neoliberal. Además, la autora formula que es necesario tomar en cuenta la problemática de la mujer, de la criminalidad y de la industria cultural.

La primera apuntaría a reconocer el papel de la mujer en las transformaciones sociales acaecidas en el último siglo y el papel que juega en la economía contemporánea; la segunda presenta la criminalidad como un producto político causado por las graves diferencias sociales manifestadas en los diversos espacios-temporales existentes –posición que contrarresta teorías sociológicas dominantes en la materia–, y por último, el tema de la industria cultural se manifiesta como la más importante área de trabajo en el futuro de la geografía política. A lo largo del libro queda plasmado que la excesiva concentración de los medios de comunicación, al crear “espacios culturales, éticos y políticos fracturados, ausentes de diálogo entre sí e inducidos a no integrarse en una unidad” (p. 254), reproducen el patrón que busca borrar la identidad latinoamericana, nacional y étnica. La identidad cultural, que da un sentido de pertenencia a “un espacio físico, social y humano” (p. 255), aparece contraponiéndose al discurso modernizador y homogeneizante de la industria cultural de las transnacionales, las cuales –por todos los medios– intentan consolidar al neoliberalismo como único sistema posible en que las sociedades pueden vivir, creando para ello realidades virtuales (por ejemplo: la modernización) peligrosamente enajenantes. Señala que la ideología de la modernización busca rescatar la vida de lo inmediato e incentiva la incertidumbre del futuro, de esta manera, intenta demostrar “lo inútil del propósito de comprender la totalidad, la verdad irrefutable del espacio y del tiempo fragmentado” (p. 248).

Con estos temas la autora intenta ampliar los estudios de la realidad social y política, nutriéndola de enfoques epistemológicos y ontológicos que le permitan encontrar nuevos marcos de referencia y de análisis de la política (sintetizada como los espacios de poder de fuerzas contrapuestas); que rompan con las deformaciones teóricas prevalecientes y desnuden los mitos que hablan del *fin de la historia* contruidos por los espacios de poder hegemónicos.

En conclusión, en la obra se plantea la necesidad de elaborar teorías que den cuenta de la realidad latinoamericana y que enriquezcan su análisis socio-histórico, para de esta manera sortear el monopolio del Primer Mundo en la división internacional de los conocimientos científicos –particularmente dominante– en geografía política.